

JUJUY. EL PUENTE PÉREZ

tas trepadoras, floridas y perfumadas, escalan los muros ó se descuelgan por los precipicios, tapizando los cortes verticales de la roca.

No hay en Jujuy dilatados horizontes, como en la Argentina central: la montaña por todas partes. Al otro lado del río enmascaran el horizonte altivas cumbres, verdes en su base y rojas en la cima. La ciudad extendiase á nuestros pies encerrada entre montañas, sin otra salida que la amplia brecha del río; una ciudad blanca, con bullones de verdura entre los grupos de edificación; una amalgama de casas extensas, de un solo piso y frondosos jardines, que traía á mi memoria el recuerdo de ciertas poblaciones de la Turquía asiática.

El crepúsculo era de un suave color de violeta. Empezaban á palpitar algunas estrellas, descoloridas por los últimos fulgores del día. Abajo, en la ciudad blanca y verde, envuelta en la penumbra del atardecer, brillaban como astros de superior magnitud las luces eléctricas de sus calles. Era la hora en que al recogerse la vida diurna parece agrandar los ecos y aumentar misteriosamente la sonoridad de los ruidos.

Llegaban hasta nosotros gritos de personas invisibles en los patios de las casas, el ladrido de un perro en la otra ribera del río, el chirriar de una carreta oculta; todo agrandado con extrañas sonoridades por el misterio del anochecer. De pronto, estalló un coro de voces varoniles en las calles de la ciudad, ocultas bajo los aleros; una especie de himno triunfal, entonado por rudas bocas, faltas tal vez de maestría en el canto, pero vibrantes de entusiasmo.

Eran los soldados, que, con el arma á discreción, volvían de las maniobras, sudorosos y llenos de polvo, camino del cuartel, y al entrar en la ciudad entonaban el «Himno á la bandera». Porque el ejército argentino canta; como cantaban los griegos mandados por Tirteo y las medias brigadas organizadas por la Convención.

Los pueblos de la provincia de Jujuy aparecen tan pequeños, que en otras provincias no pasarían de simples aldeas. La población jujeña es muy escasa, y cuan-

do la capital no tiene más que 6.000 habitantes júzguese lo que serán los lugares dependientes de ella. Miraflores, en el departamento de San Pedro; Casabindo, San Lorenzo, Pozo Verde, Puramarca, Ledesma, Perico y otros pueblos, son los principales centros de vida de la provincia.

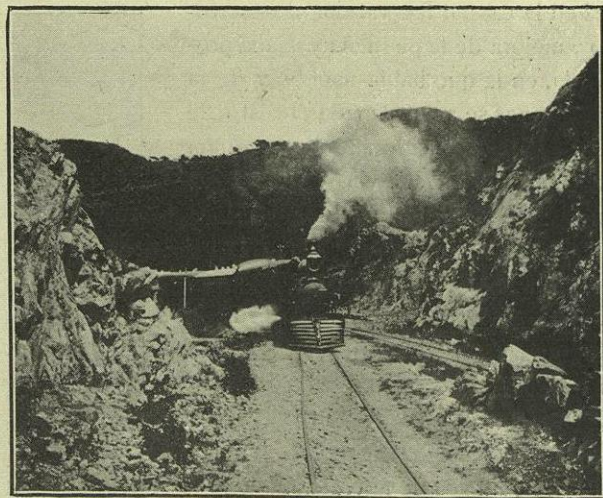
Lo más interesante en Jujuy es el viaje desde la ciudad á la frontera de Bolivia, por la quebrada de Humahuaca. Este ferrocarril debe mencionarse como uno de los trabajos más extraordinarios realizados en la América del Sur. La vía férrea va escalando mesetas hasta llegar á la planicie andina, situada á 4.000 metros de altura. Sigue la línea una ribera

del río Grande, y cuando no fué posible á sus constructores remontar las alturas con audaces pendientes, apelaron á la cremallera, haciendo emprender á los trenes, por este medio, ascensiones arriesgadísimas.

De estación en estación se encuentran apartaderos que escalan con sus rieles empinadas alturas. Estos apartaderos son para detener, por medio de una rápida curva ascensional, los trenes que «se escapan», pues por ser la vía en extremo pendiente basta un ligero descuido de los empleados, un olvido de freno, para que todo el tren emprenda el viaje cuesta abajo con la velocidad de un proyectil.

El paisaje de Humahuaca es grandioso y desolado. Sólo en las orillas del río Grande verdean algunos campos de alfalfa entre la amarillenta extensión de los pastizales. Las montañas son de piedra oscura, y á trechos parece que las han herido y el desgarrón deja escapar un torrente de sangre. Es el óxido de hierro que se derrumba en roja cascada por los costados pétreos. No hay más vegetación que la de los cactus ó cardones, aislados y erguidos como si fuesen hombres. Vistos de lejos estos cardones parecen soldados que bajan á la desbandada por las rápidas pendientes.

El cactus es el único recurso de los pobres cam-



UN PASO DEL FERROCARRIL Á BOLIVIA



JUJUY. MERCADO MUNICIPAL

pesinos que habitan esta región desolada. Aserrando un cardón en toda su longitud sacan dos tejas curvas de 3 ó 4 metros, dos canalones que sirven para cubrir el techo de su vivienda. También emplean esta madera, de grandes poros, para puertas y ventanas, á falta de otra mejor. Las puertas resultan celosías, pues la madera de cactus parece calada, con numerosos agujeros, que la hacen semejante á una roncha de queso de Gruyère.

La quebrada de Humahuaca trae á la memoria la América trágica de la época de la conquista; la América de las expediciones infortunadas, del hambre y la sed, de los desiertos de bronce, donde caían los hombres para no levantarse más, viendo en su último delirio semejante á la visión postrera de los que mueren helados, las mágicas riquezas que les habían atraído á esta tierra de muerte.

Es la Puna, la terrible Puna, en cuya parte occidental perdió Almagro lo mejor de su gente. Aun hoy, á pesar del ferrocarril y la relativa civilización que se nota en los pueblecillos, causa horror el pensar lo que será en invierno esta meseta de 3.000 metros.

Rueda el tren horas y horas, con penoso resuello, escalando alturas y más alturas, sin que se distinga una vivienda ó un sér humano. Abajo, en el fondo de gigantes cortes, salta el río de Jujuy, levantando espumarajos entre los grandes cantos rodados. En estas islas de piedra yérguese algún cuervo sobre las puntas de sus patas, agitando las alas cual si sirviese de remate á un casco heráldico. De tarde en tarde pasan por las orillas del río, empequeñecidos por la profundidad y la distancia, lo mismo que figurillas escapadas de una caja de juguetes, las recuas de mulas ó de llamas, guiadas por los arrieros del país, que tienen más de bolivianos que de argentinos, cubiertos con el poncho rojo, que es el color favorito de las gentes de Bolivia.

El comercio de esta tierra se hace todavía á lomo de animal. La exportación á Bolivia no emplea el ferrocarril. Este sólo llega á la Quiaca, último pueblo argentino, emplazado en la misma frontera, y los exportadores á Tupiza y otras poblaciones bolivianas prefieren el

envío de sus géneros directamente en las arrias del país, por resultar el transporte más barato.

El llama es el animal dominador de las altiplanicies. Vicuñas, alpacas, llamas y guanacos son los únicos animales que acompañan en estas alturas al hombre. De los cuatro, la vicuña, pequeña de cuerpo y de formas más finas, resulta el más arisco, siéndole imposible al hombre someterle para que le ayude en su trabajo. La timidez hace á la vicuña indomesticable, pues el más leve ruido la azora y la impulsa á huir. La preciosidad de las pieles de vicuñas y alpacas es causa de que estos animales escaseen mucho, quedando únicamente llamas y guanacos, á los que llamaron los primeros conquistadores «carneros de la tierra».

El llama ha sido siempre el compañero fiel del indio, su ayuda en los trabajos más pesados. En otros tiempos el indígena festejaba al llama con honores casi religiosos.

El ilustre marino Don Antonio de Ulloa, que en el siglo XVIII visitó y estudió todos los países de la América del Sur, dice así en su libro *Noticias americanas*:

«Antes de empezar los indios á servirse de los llamas para la carga, hacen un festejo que, á lo que indica su exterioridad, es como celebrando el tenerlos por compañeros. Este se reduce á traerlos al cercado de su choza y engalanarlos, poniéndoles muchas cintas y colgajos de seda ó lana en la cabeza. Preparan porción de chicha, de aguardiente y de maíz tostado, y convidando á los indios, sus amigos, concurren todos con sus mujeres é hijos en el cercado ó corralillo donde están los llamas. Tocan sus tamborillos y flautas y empieza la danza, que dura un par de días, continuándose en la noche como en el día por intervalos. Cuando están fatigados la suspenden y vuelven á seguir luego que toman nuevos bríos ó que los vapores de la bebida se disipan. De tiempo en tiempo van á ver los animales, que por lo ordinario se hallan recogidos en uno de los rincones del corral, y los abrazan, haciéndoles mil agasajos. Les presentan las *totumas* ó calabazas de chicha y de aguardiente, y aunque no las beben, se las aplican al hocico, quedando satisfechos de esta demostración. También les hablan en su lengua, diciéndoles mil cosas de amis-



JUJUY. ESCUELA BELGRANO



JUJUY. UN CLAUSTRO DE LA IGLESIA MATRIZ

tad y cariño, así como pudiera hacerse con una persona con quien se tratase de algún género de alianza. Concluido este festejo, que es como anuncio de la amistad, empiezan á servirse de ellos, pero sin quitarles los adornos y galanías que les pusieron.

»Antes de haberlos puesto á la carga los tratan con tanta moderación que no es regular ni apurarlos en las marchas ni castigarlos, acomodándose al paso de ellos, y se sirven del silbido para gobernarlos. Con facilidad se hacen á la carga, aunque no deja de haber algunos que la resisten; pero casi siempre su resistencia es por no sujetarse á llevar el peso que les intentan poner. No come este animal más hierba que la que coge del campo, y se puede pasar sin alimento dos días, y aun más tiempo, cuando no trabaja. Si llega á cansarse y se tira en el suelo, sea por haberle dado más camino del que puede sobrellevar, por estar necesitado de alimento ó por haberle puesto más carga de la que sus fuerzas permiten, no vuelve á levantarse más y allí se queda hasta que muere, siendo inútil cuantas diligencias hace el indio para ponerle en pie. . . Los llamas caminan tanto de noche como de día y van cogiendo la hierba que encuentran en las inmediaciones del camino. Pero, sin embargo de ello, les dan descanso en distintas horas, y después de haber pastado se echan en el suelo para rumiar y recuperar fuerzas, manteniendo siempre la cabeza alta y el cuello derecho hacia arriba. Su modo de echarse también es particular, diferenciándose de los otros animales. Para ello se hincan lo primero de rodillas, y encorvando las piernas las acomodan debajo de vientre, una por cada lado. En esta forma queda e cuerpo derecho, lo mismo que los que están en pie, y no se les ve pierna ni brazo, porque los cubren enteramente con el cuerpo. Cuando empiezan á cansarse ó se encolerizan, hacen un chillido agudo á modo de quejido; pero diferente cuando es por cansancio de cuando están embravecidos. Yendo cargados sin tener cansancio, llevan en continuo movimiento la cabeza, mirando con señorío á uno y otro lado, como para registrar la campiña.»

Hoy los llamas ya no son objeto de fiestas, como

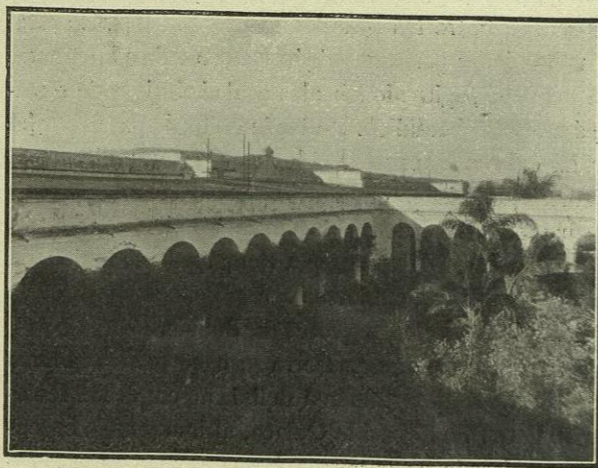
entre los indios antiguos; pero los naturales del país los aman como buenos compañeros de su vida. Este animal, sufrido y dócil para las marchas y privaciones, es intransigente y colérico en la apreciación del trabajo que debe cumplir. Sabe cuál es el peso que puede llevar, y si su amo le añade una libra más se arroja inmediatamente al suelo y no se levanta por más palos y gritos que le den. Solamente cuando percibe que le han librado del exceso de carga, se incorpora con lentitud para seguir tranquilamente el camino.

Los pequeños llamas criados en libertad corren formando manadas por los áridos campos de la altiplanicie. La hembra, blanca y amarilla, de una brillantez de pelaje que recuerda los colores de la nieve y el oro, ofrece una esbeltez graciosa en los primeros años, antes de procrear. Hay en su grupa, en sus piernas y en la gallardía de sus movimientos, algo que recuerda vagamente las gracias de la mujer.

Desde los tiempos de la conquista circulan en las regiones de la Puna, así como en el Perú, el Ecuador y todos los países ocupados por el llama, relatos repetidos en voz baja sobre las intimidaciones de los indígenas con estas bestias esbeltas y graciosas. Según parece, más de un sacerdote español predicó en la época colonial contra tan horrendos pecados, amenazando en su furia á los culpables con hacer intervenir al Santo Oficio. Los blancos residentes en el país tampoco se han librado, á juzgar por ciertos relatos, de la extraña tentación.

Según dicen, todavía venden los indios á buen precio llamas jóvenes de blanco y fino pelaje á los europeos condenados á vivir en este país por negocios industriales ó por sus trabajos en la apertura de vías férreas. El esbelto animal sigue á su dueño, limpio, bien peinado, moviendo la cabeza con la majestad de una gran dama, y ostentando en el largo pescuezo el adorno de algún collar de vidrio. Hay llamas «civilizadas», que pasan y repasan ante el hombre, con una insistencia diabólica, trotando ligeramente, mirándole con sus ojos vidriosos y húmedos, como una de las apariciones monstruosas que turbaban la ascética soledad de San Antonio.

Cuando se han visto de cerca las indias coyas, úni-



JUJUY. JARDINES DEL HOSPITAL

cas mujeres de la altiplanicie, se comprende la posibilidad de unos relatos que parecían antes inverosímiles.

Los pueblos de la quebrada de Humahuaca y de la Puna, serían en otro lugar aldeas horribles; pero en estas soledades aparecen como villas sonrientes y atractivas. Tumbaya la Bella es un pueblo del tiempo de los españoles: una iglesita blanca y unas pocas casas en forma de cubo, enjalbegadas de cal. Los caminantes que llegaban á ella con sus arrias luego de atravesar los desiertos de la Puna, la llamaron «La Bella», admirando como si fuesen paraísos las pequeñas huertas de sus alrededores. El que viaja en el tren también reconoce su belleza. Sabe que en realidad no es más que un triste villorrio de montaña, pero agradece el consuelo que proporcionan á los ojos sus pedacitos de verdura en medio de tanta aridez.

En Tumbaya, en León y otros lugares de la Puna, quedan aún antiguos cultivos de los colonizadores españoles, pero abandonados y silvestres. El durazno, el espárrago, el higo y la manzana existen en estas soledades, desfigurados por el abandono, retrogradados á su primitivo origen.

Cerca de Tumbaya se encuentra la laguna de *El Volcán*, una de las más hermosas de la provincia, rica en finos pescados. En todo el territorio de Jujuy hay varias lagunas de gran belleza, enormes copas de agua clarísima encerradas entre montañas, y que reflejan la fresca vegetación de sus bordes.

El llamado Volcán no tiene ni ha tenido jamás ningún cráter ígneo. En la provincia de Jujuy se da el nombre de «volcán» á ciertos aluviones de tierra y piedras que después de las grandes lluvias descienden de las montañas. Estas avalanchas de pedruscos, arenas y arcillas forman una mezcla fangosa que al inundar un terreno borra los sembrados y destruye las viviendas, dejándolo improductivo por algunos años. El volcán que atraviesa el ferrocarril ha obligado á la empresa constructora, por lo movedido de sus tierras, á realizar grandes trabajos de defensa.

Desde Jujuy á la Quiaca apenas si se reconoce en campos y personas que este pedazo de tierra pertenece á la República Argentina. Sólo alguna banderita blanca y celeste, izada en el mejor edificio de las aldeas, que es siempre la escuela, trae á la memoria la existencia de Buenos Aires, que parece hallarse en el extremo más remoto del mundo.

La gente es subida de color y pequeña de estatura, cubriéndose con el sombrero y el poncho rojo de los bolivianos. La policía que pasea por los andenes de las

estaciones viste uniformes andrajosos, cada uno de distinto color y forma, y arrastra sables emmohecidos. Cree uno hallarse en alguna pequeña República de la América del Centro, con sus soldados uniformados con prendas de desecho.

El país guarda su originario carácter colonial, como si aun lo rigiesen los virreyes enviados por España. Los propietarios de grandes territorios son «encomenderos» como los de otros siglos. Algunos poseen títulos de marqués, dados por los reyes de Madrid, pero las costumbres sinceramente democráticas de la República les han hecho olvidar estas distinciones honoríficas. Todavía hay en la antiplanicie grandes latifundios pertenecientes á las familias de los antiguos encomenderos del rey, que llevan el título de «tierras del marqués» ó «tierras del conde». En los lugares regados y cultivados se notan vestigios de la agricultura peninsular, con bancales divididos por muros de barro. Los coyas, á pesar de todas las revoluciones argentinas, siguen viviendo poco más ó menos como en los tiempos de la dominación colonial, adscritos al suelo y respetando al amo con un temor casi religioso, lo mismo que los indios de las «encomiendas».

El biznieto de un marqués, cuyo título data de hace tres siglos, me prometió en Jujuy hacer salir á la estación más próxima de la antigua encomienda á todos los hombres establecidos en sus tierras, para que pudiese conocer sus trajes y aspectos. Había olvidado yo la promesa, y al llegar á cierta estación experimenté gran inquietud.

Todas las estaciones de esta línea aparecen solitarias, pues son muy contadas las que tienen un pueblo en sus inmediaciones. En ésta vi unos centenares de hombres con ponchos rojos, sombreros deformes, pantalones deshilachados y el pie, descalzo, sobre una suela de madera atada con correas. Estaban formados en orden militar, con sus capataces al frente. Creí en el primer momento que había estallado una revolución, suceso cada vez menos frecuente, pero no extraordinario en las provincias argentinas. El saludo del jefe de la fuerza me hizo saber que estaba en presencia de los peones de la antigua encomienda, venidos con sus familias desde algunas leguas de distancia por orden del amo para que yo los viese.

Eran todos de pequeña estatura, enjutos, rugosos, de color cobrizo, débiles en apariencia, pero seleccionados y endurecidos por las privaciones del clima. Sus mujeres les habían seguido, llevando algunas un niño á la espalda, envuelto en un mantón, como si fuese una mochila. Por encima de los hombros asomaba el pe-



JUJUY. HOSPITAL DE SAN ROQUE

queño coya su cabeza redonda, cubierta con un sombrero igual al de la madre.

¡Ah, las indias coyas!... Puede apreciarse su edad por el volumen de sus zagalejos. Las más jóvenes muestran una faldamenta que todavía no es extraordinaria; pero las viejas parecen bailarinas por el redondel macizo que parte de su talle y se expande en curva como un paraguas abierto.

La coya lleva encima todo su guardarropa. Cuando una falda empieza a caérsele en pedazos, adquiere otra nueva y la coloca encima de la vieja. Tela que



INDIOS COYAS

toca su cuerpo, queda adherida á él para siempre. Cada dos ó tres años una nueva hojarasca viene á añadirse á esta planta humana.

Ocurre con las coyas lo que con las lechugas: las hojas interiores son las más blandas y jugosas. Una fauna voraz crece y se desarrolla en el intrincado misterio de la superpuesta faldamenta, impregnada de sudor y de polvo. Los pies, desnudos, reposan sobre una madera con correas, igual al calzado de los hombres. La cara es lustrosa, con ese barniz igual y charolado que acaba por cubrir la piel cuando no conoce en años el contacto del agua. Cubre sus cabezas un sombrero masculino, y las más jóvenes lo adornan con flores silvestres, mostrando en esto que la mujer siempre es mujer, aun cuando viva cercana á la bestia. Largas trenzas, de un negro azabache, escapan por debajo del ala del sombrero.

Las coyas se peinan con frecuencia y someten su cabeza á una rigurosa policía, ayudándose unas á otras. Es más, el acto del peinado constituye uno de sus me-

jores entretenimientos. Yo he evitado el presenciarlo, á pesar de que muchas veces divisé en los alrededores de las estaciones, mujeres que, puestas al sol, se alisaban los cabellos con peines de madera.

Hay que tener respeto al estómago de los indios de la frontera boliviana y colocarse á una honesta distancia de ellos. Son grandes aficionados, desde mucho antes de la conquista, á comer tierra cocida, dándola forma de pequeñas vasijas, idolillos ú otros objetos, como los dulces de caramelo y de guirlache que se fabrican en Europa para los niños. Pero su apetito no

se contenta con la tierra, y en el acto de peinarse las mujeres persiguen y mascan como golosinas otras cosas más animadas.

El recuerdo de la llama graciosa surge en la memoria con la fuerza de una demostración justificadora cuando se ve á estas hembras de la Puna, algunas de las cuales tienen, sin embargo, en sus rasgos fisonómicos mayor belleza que las indias del Chaco.

Avanza el tren por las soledades de la altiplanicie. Los tropeles de llamas huyen, á ambos lados de la vía, dando saltos como ágiles caballitos de color blanco y acaramelado. Miseros rebaños de ovejas son guardados por mujeres, con poncho rojo y amplio sombrero, iguales en su aspecto á los hombres. Algunos campos están cubiertos de salitre. Los ríos pedregosos afluentes del río Grande, son blancos en invierno. El lecho seco muestra su fondo de piedras calizas; pero en verano se hincha repentinamente, con enormes y bramadoras inundaciones, que rebasan las orillas de su profundo cauce. Por todos lados cierran las montañas

el horizonte; unas montañas trágicas, sombrías, que recuerdan los volcanes extintos de un planeta deshabitado, próximo al enfriamiento total. Sus laderas parecen cascadas de lava petrificada, verdes, amarillas ó rojas, con el venenoso reflejo de los óxidos.

En una laguna llamada de «Los Huevos», próxima á la vía, aletean espesas nubes de patos y becacas. Su nombre le viene de la gran cantidad de huevos que se recogen en sus riberas.

En la estación de Tilcará se pasa el trópico de Capricornio. Estamos en tierra cálida, y, sin embargo, hay que subirse el cuello del gabán, por el viento frío que sopla. La gran altura de estas tierras, fluctuando entre 3.700 y 4.000 metros, modifica la temperatura. Nieva raramente en ellas, pero abunda el granizo y el frío es cruel. En la estación de Tres Cruces se conocen todos los inviernos temperaturas de 24 grados bajo cero.

Al pasear por el andén de estas estaciones solitarias, mientras la locomotora toma agua ó combustible, se nota cierta opresión en el pecho que impide caminar de prisa. Hay que marchar paso tras paso, respirando doblemente, ó sea haciendo dos aspiraciones en el tiempo que se emplea en otros países para una sola. El aire parece más sutil, más ligero y se cuela en los pulmones á mayores profundidades que de ordinario. En las tierras bajas sólo funciona una pequeña parte de los pulmones. Aquí hay que abrir el fuelle entero, en toda su amplitud, con una aspiración que dilata la caja torácica; y apenas terminada aquélla hay que empezar otra inmediatamente, sin dar reposo al aparato respiratorio.

Noté que muy pocos de los viajeros bajaban á pasear en las estaciones. No asomaban á las ventanillas los rostros de los curiosos. Al atravesar el tren de un extremo á otro ví á los más de ellos tendidos en los asientos, como si durmiesen con profundo sopor.

— Es el mal de la Puna — me dijo un amigo —, el maldito sorrocho. . . . Parece que duermen, pero están apunados.

Yo me libraba del mal de la Puna con el procedimiento usado por los indios: bebiendo todas las horas una infusión de coca, que evita con su poder anestésico la asfixia agónica de las alturas.

Por estas mesetas desiertas, donde el hombre civilizado considera imposible la vida, veíamos pasar á lo lejos varias arrias camino de Bolivia, con sus conductores marchando á pie tranquilamente, insensibles por el hábito á la angustiosa atmósfera de la Puna. El coya siente desprecio por el ferrocarril, ó tal

vez miedo supersticioso. Ellos lo han construído, bajando como peones en las obras de la línea, pero al verle funcionar ninguno ha querido subir á él. Prefieren el viaje á pie, salvando enormes distancias con gran agilidad, pues el coya es un andarín infatigable.

A pesar del uso que hace de sus pies, llama la atención la brevedad de éstos, que son de una forma elegante. Las zafias coyas ostentan por debajo de su andrajosa faldamenta unos pies desnudos, pequeños como los de una niña y que serían el orgullo de muchas damas de Europa.

El final de la línea férrea está por ahora en la aldea de la Quiaca, situada en la misma frontera de Bolivia. Los rieles terminan junto á los mojones divisorios de la tierra boliviana y la argentina. Cuando este ferrocarril siga adelante y llegue á La Paz, la República de Bolivia, aislada en el centro del continente, se encontrará más cerca de Europa y en mayor contacto con la civilización argentina. Pocas líneas férreas darán un resultado más trascendental. Este ferrocarril ha de ser para Bolivia como una ventana abierta sobre un mundo nuevo.

La Quiaca, pobre aldea, ó menos que aldea, es simplemente una estación terminal de ferrocarril, con dos hoteles y media docena de casas ocupadas por comerciantes. En esta meseta, de cerca de 4.000 metros de altura, barrida por los vientos fríos, y que sólo puede ofrecer á los viajeros la molestia del «sorrocho», la tierra vale muy poco, y de aquí que las construcciones, de techo bajo, ostenten una amplitud que las compensa de su falta de elevación, ocupando grandes extensiones, con patios interiores tan enormes como una plaza de pueblo.

Los llamados hoteles ostentan títulos pomposos y patrióticos, pues en las poblaciones fronterizas siempre se exalta y enardece el entusiasmo nacional. Tienen por

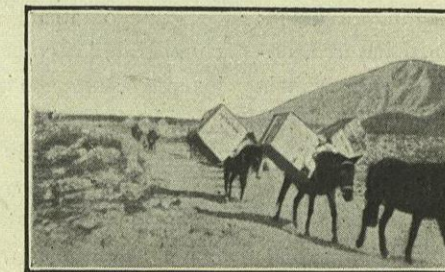
rótulos la fecha del 25 de Mayo, los nombres de San Martín, Belgrano y otros héroes nacionales; pero no pasan de ser incómodos posadones, inferiores tal vez á las ventas en que se aposentaba Don Quijote. Aun vistos de noche, á la hora avanzada en que llegamos á la frontera, ofrecían un aspecto poco halagüeño. Lo único extraordinario y que justificaba el penoso viaje á este rincón del mundo, era el cielo, un cielo como

pocas veces se ve en las ciudades de las tierras bajas.

Había que pasear con lentitud por la obscura meseta, en la que esparce el pueblo sus contadas viviendas. El aire era glacial. A pesar de la proximidad del verano, sentíase un frío agudo y seco. El cuerpo es



INDIA COYA CON SU HIJO Á CUESTAS



UNA ARRIA EN LOS CAMINOS DE HUMAHUACA

menos pesado, pero hay que moverse con cierta lentitud para no sentir la angustia del sorocho.

Mirando á lo alto, el espectáculo resultaba sorprendente. Nunca he visto tantas estrellas ni de tan extraordinaria magnitud. Parecían astros nuevos. Los que ordinariamente centellean en el cielo como agudos puntos de luz, brillaban ahora con el tamaño de una moneda. La pureza del espacio, limpio de nubes, y la rarefacción atmosférica de las alturas parecía aumentar las dimensiones de los escudos de plata y oro sembrados á puñados en el campo del cielo.

Dentro del hotel sonaba el bordoneo de una guitarra, y algunos hombres entonaban canciones andaluzas. Eran unos muchachos de Granada que regresaban á la capital de Bolivia, donde tenían sus establecimientos de comercio, llevando con ellos á algunos compañeros de la tierra para que conquistasen fortuna en dicho país. Habían hecho una parte del viaje sumidos en el adormecimiento angustioso del mal de la Puna, pero al encontrarse en el hotel con una guitarra y una cena, restablecióse su buen humor. A la madrugada siguiente iban á continuar el viaje en una diligencia, atravesando una parte de Bolivia, poco más ó menos como se viajaba hace cerca de un siglo.

El dueño del hotel también era español; un aragonés originario de la tierra más brava de dicha región: de las famosas Cinco Villas, cuyos habitantes aceptan con orgullo el apodo de «brutos» con que les distinguen los demás pueblos aragoneses.

El «bruto» de las Cinco Villas me contó que hacía como unos veinte años que rodaba por América, habiendo vivido en Chile, Bolivia y la Argentina. Sus numerosos hijos eran nacidos en diversas ciudades de las tres naciones. Conservaba aún el acento baturro, notándose en sus palabras cierta emoción al recordar la tierra natal. El no podía volver allá: le llevarían á presidio. Y no era que hubiese cometido ningún crimen, sino simplemente que en una elección de diputados se había llevado veintitrés actas en blanco de otros tantos colegios electorales.

— Metí en un saco las veintitrés actas, señor, y me las eché á la espalda para llevárselas á mi diputado. Ya sabe usted que allá se acostumbra estas bromicas. Era un juego para servir al partido. Pero tuve mala suerte y en el camino me prendió la Guardia civil.

— ¿Y al saco también lo prendieron? . . .

— Al saco también; y ése fué lo que llaman allá «el cuerpo del delito», y por el maldito saco me sentenciaron á doce años de presidio, y los habría tenido que us-

frir á no venirme á América. . . Esta es la gran tierra. He pasado malos ratos, como se pasan en todas partes; pero ahora tengo esta casa y me dedico al comercio. Vea qué le parece esto.

Y sacaba de sus bolsillos algo así como pellas de barro amarillo, petrificadas. Eran pedazos de oro comprados á los indios de las minas de Bolivia. También comerciaba en pieles de chinchilla, en cobertores fabricados con cueros de guanaco y vicuña, y enviaba sombreros de jipi, tejidos en Guayaquil, á las grandes tiendas de Buenos Aires.

— Aquí se trabaja mucho, señor. Los principales comerciantes de la Quiaca también son de allá, de la tierra. . . Luego vendrán á verle los paisanicos.

Era extraordinario encontrar en el corazón de América, en la solitaria Puna, que aun se conserva como en los tiempos de la conquista, á 4.000 metros sobre el nivel del mar, aquel chusco baturro, que hablaba con naturalidad de «la bromica de las veintitrés actas», recordando costumbres que me parecían de otro planeta al ser evocadas en este sitio.

A las diez de la noche, hora que es para la Quiaca lo que las dos de la madrugada en una gran ciudad, el hombre de las actas en el saco me presentó á los paisanicos.

Eran cinco jóvenes catalanes, dueños de las tiendas que forman todo el caserío de la población.

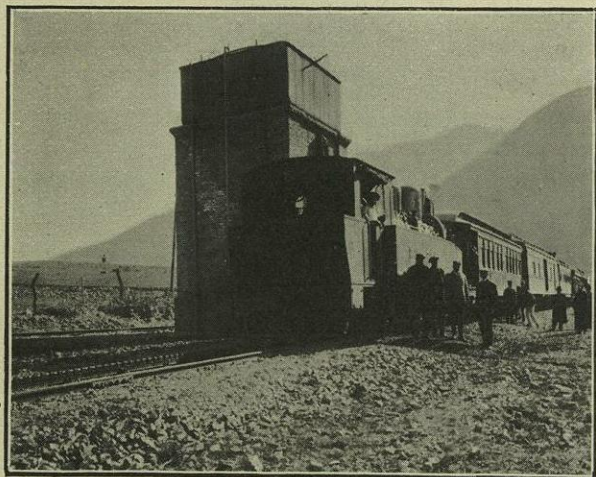
— Ustedes serán la Cámara de Comercio de la Quiaca — dije yo en tono de broma.

Y ellos, jóvenes laboriosos y serios, incapaces de perder el tiempo en vanas palabras, contestaron decididamente:

— Sí, señor.

Luego hablamos de su tráfico, un tráfico novelesco, como el de los comerciantes de factoría en tierras salvajes que figuran en ciertas novelas de aventuras. Vendían á los indios bolivianos harina, ropas, armas, conservas y otros objetos de importación europea, y los indígenas les pagaban con pieles de cabra montés, de vicuña y de guanaco, pellejos de condor con sus plumas, «tambores de coca», llamados así por la forma redonda del receptáculo que contiene las hojas prensadas, y sombreros de jipi de la más fina labor, que se ostentan luego en los escaparates de Europa á precios fabulosos.

En este tráfico con las tribus que llegan á la frontera procedentes del corazón de Bolivia, apenas se hace uso del dinero. El cambio de productos, como en los tiempos primitivos, rige todas las transacciones comerciales. El principal objeto de compra es el oro, y la Cámara de Comercio de la Quiaca, registrándose



UNA SECCIÓN DE CREMALLERA EN EL FERROCARRIL Á BOLIVIA

los bolsillos, me enseñó varios pedruscos de un amarillo tierno y suave, que inspiraban la tentación de hincarle el diente; fetiches de misterioso poder, que impulsan á los hombres á las más atroces diabluras.

Algunas de las tribus que vagan por el Sur de Bolivia y llegan á la Quiaca para efectuar cambios comerciales, guardan vivos recuerdos de la antigua grandeza del Perú y sus Incas poderosos, en forma de leyendas patrióticas, semejantes á las de la Europa de otros siglos.

Hasta hace poco tiempo, ciertas tribus vestían de negro, transmitiéndose de padres á hijos este luto general, que era, según decían, por la muerte de Atahualpa y la desaparición de los Incas.

Otras tribus más crédulas y entusiastas acariciaban una vaga esperanza de restauración y grandeza. Según las leyendas que circulan entre ellos, Atahualpa no ha muerto. El jefe de los hombres blancos dió orden de que lo degollasen; pero el Inca, gracias á sus tesoro-

ros, logró vencer la dureza de los soldados encargados de la ejecución, y pudo huir. Estos soldados, para engañar á su jefe, le presentaron una cabeza de llama desollada, afirmando que era la cabeza de Atahualpa.

En esta leyenda, lo que más llama la atención es el concepto que los indígenas tienen de la belleza de su raza, concepto que hace verosímil que una cabeza de llama pueda confundirse con la de un hombre.

Los crédulos indígenas, próximos á desaparecer, se imaginan que Atahualpa vive todavía, después de transcurridos tres siglos; que está oculto en las montañas, y algún día volverá á mostrarse, restableciendo el imperio de su raza.

Esta esperanza absurda no es nueva ni merece burlas. En la vieja Europa, el populacho alemán esperó durante siglos la vuelta de Federico Barbarroja; los ingleses creyeron en la reaparición del rey Arthus, y algunas viejas portuguesas del campo sueñan aún con el regreso milagroso del aventurero rey Don Sebastián.

## CATAMARCA

Los 90.000 kilómetros cuadrados que ocupa esta provincia sólo tienen una población de 100.000 habitantes, y de éstos una gran parte son mestizos, producto de la mezcla de los españoles con los indios calchaquíes, andalgalás y quichúas, tribus que llegaron á tener, antes de la conquista, una civilización rudimentaria, pero con un carácter propio.

Estaba la actual provincia de Catamarca y parte de las inmediatas en la frontera de los grandes territorios dominados por los Incas del Perú, y los jefes de sus tribus, aunque vasallos y feudatarios del emperador del Cuzco, vivían con cierta autonomía y seguían los usos de una civilización propia, que, según Ameghino y otros autores, databa de una gran antigüedad y era muy diferente á la peruana.

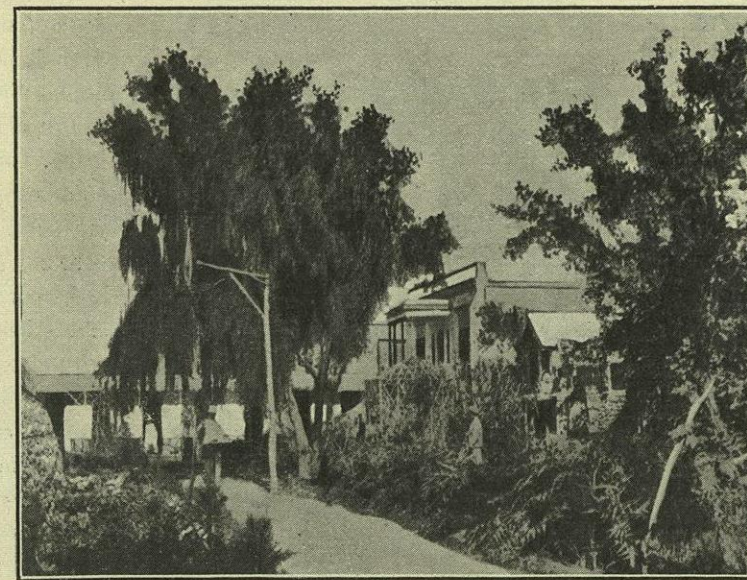
Siendo Catamarca un país de grandes montañas, como todas las provincias de la República llamadas andi-

nas, su antigua población indígena dividíase en dos clases: los montañeses, que vivían de la caza de la vicuña y el guanaco y criaban llamas para que les ayudasen en sus trabajos, y las tribus agrícolas, que ocupaban los valles, y por esto mismo se llamaron calchaquíes;

pues la palabra calchaquí significa, en lengua quichúa, «rincón donde se cosecha ó donde se amontona». Estas tribus llegaron á poseer un arte rudimentario, siendo su principal manifestación la alfarería, como en todos los pueblos primitivos. Aun hoy se encuentran en algunas quebradas y cuevas de Catamarca depósitos de jarrones y platos pintados con vivos colores, así como ar-

mas, placas y varios instrumentos hechos de bronce.

Una pequeña parte de la población de Catamarca se ha mantenido aislada después de la conquista, guardando, durante las generaciones sucesivas, la pureza de su sangre española. Estas familias constituyen á



CATAMARCA. UN ESTABLECIMIENTO DE BAÑOS